

# Ruinas, Entre la modernidad y la posmodernidad

doi: 10.33264/rpa.201801-02

**Mauricio Baros Townsend**  
**Escuela de Arquitectura UNIACC**  
**Facultad de Arquitectura, Diseño y Artes Visuales UNIACC**

## Resumen

Este artículo busca plantear el lugar que ocupan las ruinas en la modernidad y posmodernidad arquitectónicas. Por una parte se examina el uso político que se ha hecho de ellas, y la negación de la condición de ruina del período moderno, para finalmente plantear cuál podría ser el lugar de las ruinas en el ámbito de la cultura posmoderna.

Palabras Clave: ruinas, arquitectura, modernidad, posmodernidad.

## Abstract

The contemporary world seems to be divided into two different attitudes around the concept of ruins. On one hand, there is a true cult for the ruins with a clear political purpose and, on the other hand, a denial of its condition as it would go against the very precepts of modernity. What we want to examine here, is how these two attitudes manifest themselves in the current world and how they coexist within the framework of the postmodern culture.

Key words: ruins, architecture, modernity, posmodernity.

Al principio, siendo tan paradójica la idea de un monumento vacío, se quiso hacer de ella un “templo de la Ciencia”, pero esto sólo es una metáfora; de hecho, la Torre no es nada: cumple una especie de grado cero del monumento; no participa de nada sagrado, ni siquiera del Arte; la Torre no se puede visitar como un museo: no hay nada que ver en la Torre. (Barthes, 2001, p.61).

Si tuviéramos que hablar de las ruinas y el futuro sin duda tendríamos que situar nuestro discurso dentro del marco temporal que comienza con la torre Eiffel (1889) y termina con el Burj Khalifa (2010). Pues tal como lo establece Barthes, la torre Eiffel se constituye en el grado cero de todo monumento moderno, y en el otro extremo podríamos situar a la potencial ruina posmoderna que podría ser en un futuro próximo el Burj Khalifa. Ambos edificios curiosamente comparten muchas más cosas en común de lo que aparentan: ambos han sido los edificios más altos del mundo en sus respectivas épocas, ambos se pueden considerar estructuras construidas en torno del vacío: la primera sobre un vacío explícito, ya que sólo es una estructura sin

centro alguno, y la otra sobre el vacío sobre el cual se manejan los capitales virtuales de las posmodernidad. No es extraño que estas nuevas ciudades se asemejen a verdaderas cáscaras tecnológicas dispuestas sobre un terreno que por esencia representa la vacuidad, un desierto tanto simbólico como real.

Cada una en su época ofreció además desde su cima esa visión que permite ver a las ciudades a vuelo de pájaro, su quinta fachada, exacerbando u otorgándonos el peligroso poder de creer que con esa vista privilegiada tenemos el poder de manipular estas ciudades cual fueran gigantescas maquetas dispuestas a ser modificadas a nuestro antojo como le pasó a Le Corbusier al ver las ciudades desde las alturas:

The airplane itself scrutinizes, acts quickly, sees quickly, does not get tired; and more, it gets to the heart of the cruel reality-with its eagle eye it penetrates the misery of towns, and there are photographs for those who have not the courage to go and see things from above for themselves. The airplane instils, above all, a new conscience, the modern conscience. Cities, with their misery, must be torn down. They must be largely destroyed and fresh cities built. (Le Corbusier, 1967, p.12)

Sin embargo, para efectos de este artículo, quizás lo más interesante de estas dos estructuras es que expresan dos modos mediante los cuales se puede entender el concepto de ruina en la época actual.

Cuando hablamos de ruinas modernas inmediatamente se nos vienen a la mente dos tipos: las industriales, y las catastróficas. Por las primeras, me refiero al legado que ha producido la miniaturización contemporánea, la cual ha dejado obsoletos aquellos gigantescos complejos industriales levantados durante fines del siglo XIX, y sobre todo durante la primera mitad del siglo XX, cuando aún soñábamos o creíamos posible ese futuro distópico que nos ofrecía Metrópolis de Fritz Lang, o las utopías de Sant Elia. Hoy en día gran parte de ellos han sido reciclados o están en vías de transformación. El segundo tipo de ruinas que se nos viene inmediatamente a la mente son aquellas producto de desastres o catástrofes ya sean naturales o producidas por el hombre, como el Domo atómico de Hiroshima, espectral testigo de la bomba atómica caída sobre la ciudad de Hiroshima en agosto de 1945, o Chernóbil más contemporáneamente en la década de los 80s. Ruinas que se han producido por catástrofes asociadas con aquella condición destructiva que se ha asociado directamente con la Modernidad.

If Stalin turns out to have been a greater modernist than Le Corbusier, then the terrorists who destroyed the Twin Towers might have been greater modernists than Yamasaki. They basically redirected two forces of modernity, aiming them against one another: the most powerful airplane in the world the result of the modernist fascination with flying) and the tallest buildings in the world (the result of the modernist

fascination with verticality and height). (Paperny, 2010)

Como muy bien establece Paperny, el atentado de las torres gemelas puede ser entendido metafóricamente como la paradójica destrucción entre dos íconos de la modernidad: el avión y los rascacielos, mutuamente enfrentados en una acción destructiva devastadora, quizás este hecho más que ningún otro marcó el fin del sueño de la modernidad. Sin embargo aquí además se expuso un problema esencial que la modernidad tiene con las ruinas, y que es el hecho de que no es concebible una modernidad en ruinas.

Una actualidad que desde el horizonte de la Edad Moderna se entiende a sí misma como la actualidad del tiempo novísimo no tiene más remedio que vivir y reproducir como renovación continua la ruptura que la Edad Moderna significó con el pasado. (Habermas, 1993, p.17)

El mundo moderno ha tenido dos actitudes con respecto a las ruinas, por una parte está el proceso de museificación de las mismas, sobre todo en lo referente a las ruinas antiguas, con ello me refiero a antes del siglo XX, y por otra una suerte de negación de la condición de ruina moderna. Para explicar el origen de ambas actitudes quiero utilizar la categorización del concepto de nostalgia que propone la Svetlana Boym (2002). La nostalgia resulta ser el lado B de toda ruina, pues por una parte toda ruina genera un sentimiento de añoranza, pero a la vez la nostalgia hace aparecer con su accionar el respeto y la valorización de estos fragmentos del pasado. Esta nostalgia posee según esta autora dos facetas, y que tienen su origen en su misma etimología. La primera es una nostalgia restauradora, que pondría su acento en el “nostos” el origen o la causa misma que gatilla la nostalgia, en ella lo que interesa es restaurar el origen que se cree perdido, que ahí la acción restauradora, este origen es único obviamente y tiene un lugar preciso, puede ser un edificio o una ciudad completa. Esta nostalgia es la que motivó la restauración de ciudades completas post Segunda Guerra Mundial. El segundo tipo de nostalgia es la reflexiva, ella pone su acento en el “algia”, es decir, el dolor de la pérdida de ese origen, el dolor que originalmente producía en los antiguos griegos la patria lejana. Para que esta nostalgia reflexiva opere no necesita de un lugar, tampoco de un objeto determinado, pues cualquier objeto que se asemeje o se emparente con ese origen que se cree perdido es funcional para gatillar la añoranza ante su ausencia. Para ello nos sirve cualquier cosa que resulte familiar con el objeto ausente, un ejemplo de ello es el patrón de instalación de la migración peruana en Chile:

En la Lima Chica de Santiago las actividades, las mercancías y los intereses políticos de los inmigrantes se relacionan con su comunidad de origen, y en esa relación construyen un vecindario a la imagen y semejanza de sus nostalgias e imaginarios nacionales (Luque, 2007, p.126) Estos dos tipos de nostalgia ejemplifican las dos actitudes que contemporáneamente parecen caracterizar el cómo consideramos las ruinas en la actualidad. La nostalgia reflexiva es la que ha conducido a una suerte de hibernación de todo lo que sea antiguo, una especie de añoranza global hacia todo lo del pasado, actitud que comenzó con la Ilustración y los procesos clasificatorios que

le siguieron en donde se rescató, etiquetó y guardó todo el pasado considerado valioso en edificios creados en su época para tal fin, cuáles fueron los museos.

Con el rompimiento subsecuente que la modernidad produjo con la historia, estas ruinas del pasado se homogeneizaron en un corpus único bajo el aparente orden que entregan estos depositarios de la memoria que son los museos, en donde arbitrariamente puede comparecer un busto egipcio junto a un cuadro de Warhol. Este estatus que comienza en el periodo ilustrado se ha mantenido vigente y casi sin cambios hasta hoy en día. La interrogante surge inmediatamente por esta ruinofilia y la museificación creciente que ha conducido a que casi cualquier elemento del pasado se le otorgue el valor de antigüedad que determina Riegel (1999). La respuesta está tal vez en la utilidad que prestan aún estas ruinas pasadas, al ser apartadas de su curso natural, aparece la posibilidad de convertirlas en “discurso”, de allí la característica de dislocación temporal y espacial que suele producir toda ruina, de esta manera se prestan para ser utilizadas por los diversos dispositivos políticos, sociales, culturales, etc., que sean necesarios. Un ejemplo claro de esta politización de las ruinas, lo vemos en dos sucesos semejantes: la utilización de las ruinas de Persépolis en 1971, para las celebraciones realizadas en ellas por el entonces Sha Reza Pahlevi con motivo de la celebración de 2500 años del imperio persa, y la reciente toma del poder de Evo Morales en las ruinas de Tiahuanaco en el 2006, 2010 y 2015. En estos dos casos sin duda junto con el valor estético que otorga este entorno de ruinas, está por sobre todo la búsqueda de reafirmar un linaje y una conexión con el pasado ancestral para así reafirmar la posición política de estos gobernantes.

Por otra parte en momentos en que el mundo a raíz de las grandes migraciones que se están produciendo pareciera estar reconfigurando sus fronteras, surge la imperiosa necesidad de tener que reafirmar nuevamente las identidades en este contexto de la globalización, un caso que parece afectar especialmente al mundo europeo. Es interesante notar por ejemplo que en el mismo momento que se produce una gran migración de sirios a Europa, las ruinas de Palmira dormidas por muchos siglos, llaman la atención del mundo ante su eventual destrucción. Así como Europa abre sus puertas, el Medio Oriente debe hacerlo igualmente, al menos mediáticamente, para dejar expuestas estas antiguas ruinas que son “romanas” y por lo tanto pertenecen a la herencia cultural europea. La sensibilidad de Europa en el círculo de ciudades en ruinas que mantiene en el Mediterráneo: Volubilis, Cartago, Timgad, Jerash, Palmira, Jerusalén, etc., dispuestas estratégicamente, sin duda es despertada por formar parte aún de la identidad europea, ellas son señas de la cartografía simbólica del mundo europeo sobre el Mediterráneo, la cual no necesariamente debe coincidir con la geografía política. Por ello la importancia de las ruinas en el mundo moderno, las cuales adquieren ahora el verdadero estatus de documento de pertenencia de un pasado imperialista disperso en este caso en el radio extraeuropeo más cercano.

En lo que respecta a la segunda categoría la nostalgia restauradora se relaciona en cómo la época moderna considera a sus propias o supuestas ruinas. “Real ruins of

different kinds function as screens on which modernity projects its asynchronous temporalities and its fear of and obsession with the passing of time” (Huysen, 2010).

Hablar de ruinas modernas es completamente paradójico, pues el movimiento moderno, no puede por esencia ser viejo, un edificio moderno, es siempre moderno, nunca puede ser antiguo, el deterioro que podemos apreciar en algunos edificios del siglo pasado jamás podría ser considerado como ruina, más bien lo catalogamos como descuido, y por ello en cuanto es posible es inmediatamente restaurado, como ha ocurrido con casi todos nuestros iconos de la modernidad, a los cuales la tecnocósmica moderna les ha permitido volver a ser plenamente jóvenes y modernos, o al menos aparecerlo.

El patrimonio se rehabilita y se pone a punto a imagen de los decorados cinematográficos. Los centros urbanos se maquillan, se escenografían, se “dysneifican” con el ojo puesto en el consumo turístico (Lipovestky, 2005, p.22).

El *dictum* de la estetización moderna no les permite envejecer, si bien la mayor parte ha perdido su valor instrumental, la mayor parte de nuestros monumentos modernos está bajo la manutención de fundaciones que permiten costear los *liftings* que sea necesario realizar, para asegurar que siempre aparezcan como nuevos para la fotografía de alta definición que exige el mundo posmoderno, que no perdona arrugas. Sin embargo esta acentuación sólo en su valor estético, no impide que adquieran una cualidad vacua, así como el *botox* contemporáneo produce rigidez en los tejidos, algo similar ocurre con estos edificios, pierden la naturalidad que el tiempo le otorga a todo lo que desgasta y envejece.

Esta actitud de no permitir el que estos monumentos de la modernidad devengan en ruinas, dice relación no sólo con el *dictum* del anti-envejecimiento contemporáneo, sino también con algo que nos toca más cercanamente y es que estos edificios pertenecen a un tiempo que aún nos es familiar.

El pasado del que dependemos para dar sentido al presente es, sin embargo, en su mayor parte reciente; proveniente ante todo de nuestros escasos años de experiencia. Cuanto más lejos vamos hacia atrás en el tiempo, menos son las huellas que sobreviven, más son las que se han alterado, y menos las que nos sujetan a la realidad contemporánea. (Lowenthal, 2010, p.79)

Mientras que las ruinas clásicas pertenecen a un pasado remoto difícil de situar muchas veces, todas ellas se confunden en el amasijo común que etiquetamos como historia pasada y quedan relegadas a esa cartografía simbólica que ellas mismas generan. Sin embargo, el pasado reciente, el pasado del siglo XX nos es un pasado muy familiar, porque nuestros antepasados cercanos, abuelos y bisabuelos vivieron en él, por lo tanto el permitir o dejar que ese pasado se degrade nos afecta directamente, porque es nuestro pasado, activo, presente, por ello cuando vemos un edificio de un tiempo reciente en estado de decaimiento lo consideramos descuido

pero nunca ruina. Las ruinas modernas se restauran, se ocultan, o se demuelen. Sólo son mantenidas cuando existe un propósito de recordar un hecho funesto, en donde permanecen como testigos de una advertencia de lo que no debiera volver a ocurrir: Hiroshima, Auschwitz, etc.

Por otra parte, gran parte de nuestras verdaderas ruinas modernas son catastróficas, y por lo tanto si bien no es posible visitar gran parte de ellas, por la peligrosidad que revisten, permanecen en la memoria del mundo moderno haciendo crecer esa aura destructiva que parece caracterizar al mundo moderno. Por último subyace la pregunta por las ruinas de la posmodernidad, y es aquí en donde quisiera terminar con Dubai.

The notion of spectacle that was held by a worldwide view of Dubai's growth until 2009 was deemed questionable and left the city's economy in free fall. Expatriates were reported fleeing by thousands as their cars sit abandoned in the parking lot at the Dubái Airport (Ney york Times, 2009), in a downward spiral, Dubai — once hailed as the economic superpower of the Middle East — looked like a ghost town with its empty markets and out of business real estaters (Dayoub, 2015, p.7).

Dubai, curiosamente, es la ciudad más cercana a convertirse en una próxima ruina, como claramente lo probó con la crisis económica del 2009, una ciudad que ha sido levantada sobre las volátiles capitales del mercado actual, erigida gracias a recursos energéticos en franca extinción, resulta un símil muy parecido a lo que fueron los asentamientos del salitre de comienzos del siglo XX en nuestro país, en donde la ciudad existió mientras el recurso explotado dio los réditos para mantenerlas, hoy vemos solo sus esqueletos industriales como enormes dinosaurios muertos en el desierto. El problema de Dubái es que, además de su dependencia de los recursos energéticos, no tiene ningún otro atractivo que ofrecer que no sea un centro de flujo de capitales y un aeropuerto estratégicamente situado en el centro del Medio Oriente. Una ciudad que hace ostentación de la vacuidad del capitalismo actual, cuyo centro, en el cual en toda ciudad que se precie de tal se localizan sus monumentos, en este caso lo conforman el Burj Khalifa con el mall anexo, la metáfora de la construcción con el programa de vivienda en el segundo piso y la tienda comercial en el primero pero llevada a una escala monumental. Curiosamente, Dubái representa el polo contrario a una ciudad como el Cairo, la cual podría ser calificada como una eterna ruina, pero entendido en el buen sentido de lo que una ruina significa. El Cairo denominada la madre de todas las ciudades, nace y permanece vieja, el constante polvo del desierto le otorga la cualidad de una ciudad enterrada, con el doble sentido semántico de la palabra, enterrada en el tiempo y cubierta de tierra, sin embargo, posee la belleza del envejecimiento natural, esa belleza que puede no ser física, pero que sin embargo se hace presente en sus calles y en su gente. Dubái comparte el mismo enemigo, el desierto, el cual parece acechar a pocas cuerdas de este que se supone la Meca del capitalismo moderno. El desierto le impide a Dubái presentar esa cualidad prístina que podemos apreciar en las retocadas fotografías y renders de obras de la ciudad, que en la realidad aparecen en un estado que si uno no estuviera

muy bien informado respecto de la urbe, no sabe si está en proceso de construcción o de destrucción. Dubái sin duda es hija de la glotonería del consumismo contemporáneo, una ciudad formada a partir de un exceso de hormonas, y de suplementos, que finalmente más que convertirla en algo monumental, la aproximan peligrosamente a lo monstruoso.

As result, Dubai's rapid development concurrent with an image making process created brand-scape of glittering skylines and shorelines which, despite of its sustained hegemony, excluded individual experiences and often denied urban and cultural life manifestation in most of city's representations. (Da- youb, 2015, p.5).

Quizás, lo único monumental que posee Dubái es la escala de algunos de sus edificios, pero ello no alcanza para considerarlo un monumento con el valor histórico que poseen los verdaderos monumentos: el dudoso valor estético de gran parte de sus edificios, no amerita siquiera una evaluación patrimonial. Nos preguntamos entonces, ¿cuál será el destino de estas futuras ruinas posmodernas?, ¿podrán comparecer como testigos de la vacuidad de la sociedad capitalista, como una suerte de Las Vegas de Oriente?, ¿compartirán ellas el sino catastrófico que ha caracterizado a las pocas ruinas que quedan de esta época, o serán simplemente consumidas por las arenas del desierto como ocurre con nuestras fantasmales company

## Referencias

Barthes, R. (2001). *La Torre Eiffel, textos sobre la imagen*. Barcelona, España: Paidós.

Boym, S. (2001). *The Future of Nostalgia*. New York, EEUU: Basic Books.

Dayoub, S. (2015). *From Imagining Dubai to Imaging Dubai: A Transition in Urban Representational Ideologies from an Image of Dubai's Architecture to an Image of its Urban Experience*. Recuperado de <http://www.rc21.org/en/wp-content/uploads/2014/12/B1.Shahed-Dayoub.pdf>

Habermas, Y. (1993). *El Discurso filosófico de la Modernidad*. Madrid, España: Taurus Alfaguara.

Huysen, A. (2010). *Authentic Ruins. Products of Modernity*. En: Hell, J., Schönle A., (Ed.), *Ruins of Modernity*. Durham and London: Duke University Press. Edición digital

Le Corbusier (1967). *Aircraft*. Londres: Trefoil Publications Ltd.

Lipovetsky, G. y Serroy, J. (2015). *La Estetización del Mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*. Barcelona, España: Anagrama.

Lowenthal, D. (2010). *El pasado es un país extraño*. Madrid, España: Akal Universitaria.

Luque, J. (2007). *Asociaciones políticas de inmigrantes peruanos y la "Lima Chica" en Santiago de Chile*. *Revista de Migraciones Internacionales*, Vol.4. N°2. 121-150.

Paperny, V. (2010). *Modernism and Destruction in Architecture*. En: Hell, J. Schönle A., (Ed.), *Ruins of Modernity*. Durham and London: Duke University Press. Edición digital.

### **Mauricio Baros Townsend**

Doctor en Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid. Magíster en Arquitectura, Universidad Católica de Chile. Arquitecto, Universidad de Chile. Docente en UNIACC y en Universidad de Chile. Autor de los libros: "El Imaginario Oriental en Chile en el siglo XIX". (2010) y "La Construcción de la Interioridad en el Orientalismo Arquitectónico" (2016); y de artículos en revistas de la especialidad.